**II Trimestre de 2009**
*Caminar la vida cristiana*

Notas de Elena G. de White

## Lección 10

6 de Junio de 2009

# El discipulado

**Sábado 30 de mayo**

La obediencia es la prueba del discipulado. La observancia de los mandamientos es lo que prueba la sinceridad del amor que profesamos. Cuando la doctrina que aceptamos destruye el pecado en el corazón, limpia el alma de contaminación y produce frutos de santidad, entonces podemos saber que es la verdad de Dios. Cuando en nuestra vida se manifiesta benevolencia, bondad, ternura y simpatía; cuando el gozo de realizar el bien anida en nuestro corazón; cuando ensalzamos a Cristo, y no al yo, entonces podemos saber que nuestra fe es correcta. "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos" (***El discurso maestro de Jesucristo*, p. 123**).

El profesar la fe y el poseer la verdad en el alma son dos cosas diferentes. El mero conocimiento de la verdad no es suficiente. Podemos poseer ese conocimiento, pero el tenor de nuestros pensamientos puede seguir siendo el mismo. El corazón debe ser convertido y santificado.

El hombre que trata de guardar los mandamientos de Dios solamente por un sentido de obligación -porque se le exige que lo haga nunca entrará en el gozo de la obediencia. El no obedece. Cuando los requerimientos de Dios son considerados como una carga porque se oponen a la inclinación humana, podemos saber que la vida no es una vida cristiana. La verdadera obediencia es el resultado de la obra efectuada por un principio implantado dentro. Nace del amor a la justicia, el amor a la ley de Dios. La esencia de toda justicia es la lealtad a nuestro Redentor. Esto nos inducirá a hacer lo bueno porque es bueno, porque el hacer el bien agrada a Dios (**Palabras de vida del Gran Maestro, pp. 69, 70**).

**Domingo 31 de mayo:**
**Seguidores y líderes**

Son solemnes las responsabilidades que descansan sobre aquellos que son llamados a actuar como dirigentes de la iglesia de Dios en la tierra. En los días de la teocracia,

cuando Moisés estaba empeñado en llevar solo cargas tan gravosas que pronto lo agotarían bajo su peso, Jetro le aconsejó que planeara una sabia distribución de las responsabilidades. "Está tú por el pueblo delante de Dios –le aconsejó Jetro– y somete tú los negocios a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde anden, y lo que han de hacer". Jetro aconsejó además que se escogieran hombres para que actuaran como "caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta y sobre diez". Éstos habían de ser "varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia". Ellos habían de juzgar "al pueblo en todo tiempo", aliviando así a Moisés de la agotadora responsabilidad de prestar atención a muchos asuntos menores que podían ser tratados con sabiduría por ayudantes consagrados.

El tiempo y la fuerza de aquellos que en la providencia de Dios han sido colocados en los principales puestos de responsabilidad en la iglesia deben dedicarse a tratar los asuntos más graves que demandan especial sabiduría y grandeza de ánimo. No es plan de Dios que a tales hombres se les pida que resuelvan los asuntos menores que otros están bien capacitados para tratar. "Todo negocio grave lo traerán a ti –le propuso Jetro a Moisés- y ellos juzgarán todo negocio pequeño: alivia así la carga de sobre ti, y llevarla han ellos contigo. Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás persistir, y todo este pueblo se irá también en paz a su lugar".

De acuerdo con este plan, "Escogió Moisés varones de virtud del pueblo de Israel, y púsolos por cabezas sobre el pueblo, caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo: el negocio arduo traían10 a Moisés, y ellos juzgaban todo negocio pequeño" (Éxodo 18: 19-26) (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 76, 77**).

Al ordenar a los doce, se dio el primer paso en la organización de la iglesia que después de la partida de Cristo habría de continuar su obra en la tierra. Respecto a esta ordenación, el relato dice: "Y subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar" (Marcos 3: 13, 14).

Contemplemos la impresionante escena. Miremos a la Majestad del cielo rodeada por los doce que había escogido. Está por apartarlos para su trabajo. Por estos débiles agentes, mediante su Palabra y Espíritu, se propone poner la salvación al alcance de todos.

Con alegría y regocijo, Dios y los ángeles contemplaron esa escena. El Padre sabía que la luz del cielo habría de irradiar de estos hombres; que las palabras habladas por ellos como testigos de su Hijo repercutirían de generación en generación hasta el fin del tiempo.

Los discípulos estaban por salir como testigos de Cristo, para declarar al mundo lo que habían visto y oído de él. Su cargo era el más importante al cual los seres humanos habían sido llamados alguna vez, siendo superado únicamente por el de Cristo mismo. Habían de ser colaboradores con Dios para la salvación de los hombres. Como en el Antiguo Testamento los doce patriarcas eran los representantes de Israel, así los doce apóstoles son los representantes de la iglesia evangélica (***Los hechos de los apóstoles*, p. 16**).

**Lunes 1 de junio:**
**Características del discipulado: Obediencia y lealtad**

La pronta obediencia de estos hombres que siguieron a Jesús sin hacerle una pregunta, sin recibir promesa de salario, parece sorprendente; pero las palabras de Cristo eran una invitación que llevaba en sí un poder impelente. Cristo quería hacer de estos humildes pescadores, por su relación con él, el medio de sacar hombres del servicio de Satanás y de ponerlos en el servicio de Dios. En esta obra, llegarían a ser testigos suyos, que darían al mundo su verdad sin mixtura de tradiciones y sofismas de los hombres. Practicando sus virtudes, andando y trabajando con él, habían de quedar calificados para ser pescadores de hombres.

Así fueron llamados los primeros discípulos al ministerio evangélico. Durante tres años trabajaron en conexión con el Salvador, y por medio de su enseñanza, sus obras de curación, su ejemplo, fueron preparados para llevar a cabo la obra que él empezó. Por la sencillez de su fe, por un servicio puro y humilde, los discípulos fueron enseñados a llevar responsabilidades en la causa de Dios (***Obreros evangélicos*****, pp. 24,25**).

Sin intentar impedir a los que se apartaban que lo hicieran, Jesús se volvió a los doce y dijo: "¿Queréis vosotros iros también?" Pedro respondió preguntando: "Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna -añadió- y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". "¿A quién iremos?' Los maestros de Israel eran esclavos del formalismo. Los fariseos y saduceos estaban en constante contienda. Dejar a Jesús era caer entre los que se aferraban a ritos y ceremonias, y entre hombres ambiciosos que buscaban su propia gloria. Los discípulos habían encontrado más paz y gozo desde que habían aceptado a Cristo que en toda su vida anterior. ¿Cómo podrían volver a aquellos que habían despreciado y perseguido al Amigo de los pecadores? Habían estado buscando durante mucho tiempo al Mesías; ahora había venido, y no podían apartarse de su presencia, para ir a aquellos que buscaban su vida y que los habían perseguido por haberse hecho discípulos de él.

"¿A quién iremos?'No podían apartarse de las enseñanzas de Cristo, de sus lecciones de amor y misericordia, a las tinieblas de la incredulidad, a la perversidad del mundo. Mientras abandonaban al Salvador muchos de los que habían presenciado sus obras admirables, Pedro expresó la fe de los discípulos: "Tú eres el Cristo". Aun el pensar que pudiesen perder esta ancla de sus almas, los llenaba de temor y dolor. Verse privados de un Salvador, era quedar a la deriva en un mar sombrío y tormentoso (***El Deseado de todas las gentes*****, p. 358**).

**Martes 2 de junio:**
**Sacrificio**

Si se suprimieran los mil canales del egoísmo que ahora existen, y si se dirigieran los recursos hacia el conducto debido, una gran cantidad de dinero fluiría hacia la tesorería. Muchas personas compran ídolos con el dinero que debería ir a la casa de Dios. Nadie puede practicar la verdadera generosidad sin practicar antes la abnegación genuina. La abnegación y la cruz están directamente en el camino de cada cristiano que es un verdadero seguidor de Cristo. Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí,

niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mateo 16:24). ¿Quiere cada alma considerar el hecho de que el discipulado cristiano incluye la abnegación, el sacrificio de sí mismo, hasta el punto de entregar la propia vida, si esto fuera necesario, por amor al que dio su vida por la vida del mundo?

Los cristianos que contemplan a Cristo en la cruz están comprometidos por su obligación hacia Dios, a causa del don infinito que él hizo en la persona de su Hijo, de no retener nada de lo que posean por muy precioso que esto sea para ellos. Si poseen cualquier cosa que pueda emplearse para atraer a cualquier alma, no importa cuán rica o cuán pobre ésta pueda ser, hacia el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, deben utilizar libremente tal cosa para realizar este propósito. El Señor emplea a los agentes humanos para que éstos sean colaboradores con él en la salvación de los pecadores (Consejos sobre mayordomía cristiana, pp. 302, 303).

El gozo que le fue propuesto a Cristo, y que lo sostuvo durante todos sus sufrimientos, fue la salvación de los pobres pecadores. También debiera ser nuestro gozo y nuestra máxima ambición en la causa del Maestro. Al contemplar lo que Cristo ha hecho por nosotros y por todos los pecadores, debiéramos imitar su ejemplo, sacrificar nuestros propios placeres y conveniencias, y mostrar un amor puro y desinteresado por las almas. De esta manera agradaremos a Dios y le manifestaremos nuestro amor y devoción como sus siervos. Y Aquel que es fiel hasta lo sumo le dará al vencedor su recompensa (***The Watchman*, 1º de marzo, 1899**).

Jesús les presentó la cruz a sus discípulos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mateo 16:24). La cruz debe ser llevada por todos los que reciben a Cristo como su Salvador. Dios no perdona nuestros pecados para que nos animemos a continuar pecando, sino para terminar con el pecado a fin de que la naturaleza divina tome posesión de nuestro ser y las riquezas del cielo puedan ser derramadas en nuestra mente y corazón. Dios ha hecho provisión para que los recursos divinos fluyan libremente a fin de que ningún sacrificio sea demasiado costoso para compartir los tesoros de su gracia con el mundo. No hacerlo sería una traición a nuestra sagrada responsabilidad (***Signs of the Times*, 1º de marzo, 1899**).

Los ángeles están empeñados noche y día en el servicio de Dios para elevación del hombre de acuerdo con el plan de salvación. Se requiere del hombre que ame a Dios supremamente; es decir, con toda su fuerza, mente y corazón, y a su prójimo como a sí mismo. Esto no lo puede hacer a menos que se niegue a sí mismo. Dijo Cristo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame".

Ser abnegado significa regir el espíritu cuando la pasión quiere predominar; resistir a la tentación de censurar y de criticar; tener paciencia con el niño torpe, cuya conducta agravia e impacienta; permanecer en el puesto del deber cuando otros fracasan; llevar responsabilidades cuando quiera y dondequiera que se pueda; no con el fin de recibir aplausos, ni por política, sino por amor al Maestro, que nos encomendó una obra para que la hiciéramos con fidelidad inquebrantable; guardar silencio y dejar que otros labios nos alaben, cuando podríamos alabarnos nosotros mismos. El negarnos a nosotros mismos es hacer bien a otros cuando nuestra inclinación nos induciría a servirnos y agradarnos a nosotros mismos. Aun cuando nuestros semejantes no hayan de apreciar

nunca nuestros esfuerzos, ni reconocerlos, debemos seguir trabajando (***Testimonios selectos*, tomo 3, p. 372**).

**Miércoles 3 de junio:**
**Las recompensas del discipulado**

Cristo es la vida. El que pasó por la muerte para destruir a aquel que tiene el imperio de la muerte es la fuente de toda vitalidad. Hay bálsamo en Galaad, y médico allí. Cristo soportó una muerte atroz bajo las circunstancias más humillantes, a fin de que tuviésemos vida. Dio su preciosa vida para vencer la muerte. Pero se levantó de la tumba, y las miríadas de los ángeles que vinieron a contemplarle mientras recuperaba la vida que había depuesto, oyeron sus palabras de gozo triunfante cuando, de pie sobre la tumba abierta de José, proclamó: "Yo soy la resurrección y la vida".

La resurrección y la ascensión de nuestro Señor es una prueba segura del triunfo de los santos sobre la muerte y el sepulcro, y una garantía de que el cielo está abierto para los que lavan su carácter y lo emblanquecen en la sangre del Cordero (***La fe por la cual vivo*, p. 53**).

Cristo quena que sus discípulos comprendieran que no los dejaría huérfanos. "No os dejaré huérfanos" declaró; "vendré a vosotros" (Juan 14: 18). ¡Preciosa y gloriosa seguridad de vida eterna! Aunque Cristo iba a estar ausente, la relación de ellos con él había de ser como la de un hijo con su padre…

Las palabras dirigidas a los discípulos nos llegan a través de las palabras de ellos. El Consolador es nuestro tanto como de ellos, en todos los tiempos y en todos los lugares, en todos los dolores y en todas las aflicciones, cuando las perspectivas parecen oscuras y confuso el futuro, y nos sentimos desvalidos y solos. Entonces es cuando el Consolador será enviado en respuesta a la oración de fe (***A fin de conocerle*, p. 173**).

En todas las épocas Satanás ha perseguido, torturado y puesto a muerte a los hijos de Dios; pero al morir han resultado victoriosos y han dado testimonio de la fortaleza de Aquel que es más poderoso que Satanás. Los impíos pueden torturar y matar el cuerpo pero no pueden tocar la vida que está escondida con Cristo en Dios; pueden encarcelar a hombres y mujeres detrás de las murallas de una prisión, pero no pueden aprisionar el espíritu.

La gloria -el carácter- de Dios se revela en sus elegidos cuando son perseguidos y torturados. Los creyentes en Cristo, odiados y perseguidos por el mundo, son educados y disciplinados en la escuela de Cristo; andan por caminos estrechos; son purificados en el horno de la aflicción; juntamente con Cristo comparten severos conflictos, desilusiones y privaciones; pero de esa manera aprenden a aborrecer el pecado que los provoca. Al ser participantes de los sufrimientos de Cristo, pueden mirar hacia la gloria que les espera y decir: "Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Romanos 8:18) (***Review and Herald*, 12 de septiembre, 1912**).

Se me mostró la recompensa de los santos, la herencia inmortal. Entonces se me mostró cuánto tuvo que soportar el pueblo de Dios por causa de la verdad, y que de todos modos pueden considerar bastante barato el cielo. Reconocieron que los sufrimientos de este tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de ser manifestada en ellos. El pueblo de Dios será probado en estos últimos días. Pero pronto vendrá su última prueba, y entonces recibirán el don de la vida eterna (***¡Maranata: El Señor viene!*, p. 50**).

**Jueves 4 de junio:**
**El Señorío de Jesucristo**

En la iglesia hay trabajo para todos los que aman a Dios y guardan sus mandamientos. La profesión de fe, o las palabras expresadas, no transforman a nadie en un cristiano convertido. "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" -dice Jesús. A menos que en nuestra vida diaria hagamos las obras y la voluntad de Cristo, no podemos reclamar ser hijos de Dios y herederos del cielo. La religión formal, como la de los fariseos, no le da al mundo un ejemplo de la vida de Cristo ni representa su carácter. Los que tienen a Cristo morando en el corazón harán las obras de Cristo y podrán reclamar las promesas de su Palabra. Al estar en unidad con Cristo, harán la voluntad divina y exhibirán las riquezas de su gracia (***Review and Herald*, 4 de agosto, 1891**).

La fe genuina llevará a los creyentes a preocuparse de su salvación con temor y temblor. No seguirán las cosas del mundo sino que en su vida se manifestarán las obras de Cristo y del Espíritu. La Palabra de Dios y sus mandamientos serán la regla por la cual se regirán sus acciones. Andarán humildemente delante de los hombres y los ángeles, y el prejuicio no cerrará sus corazones a la verdad para este tiempo. Entrarán por la puerta estrecha y caminarán por el sendero angosto para seguir a su Redentor.

Los que no son "hacedores de la palabra" pueden jactarse de su fe hueca y de su supuesta santidad, mientras quebrantan la ley divina. A ellos les dice Jesús: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" La sentencia final para ellos, será: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (***Signs of the Times*, 30 de marzo, 1888**).

Así hemos de servir a Dios. Solamente le sirve el que actúa de acuerdo con la más elevada norma de obediencia. Todos los que quieran ser hijos e hijas de Dios, deben demostrar que son colaboradores de Dios, de Cristo y de los ángeles celestiales. Esta es la prueba para cada alma. El Señor dice de los que le sirven fielmente: "Serán para mi especial tesoro... en el día que yo tengo de hacer: y perdonarélos como el hombre que perdona a su hijo que le sirve".

El gran propósito de Dios al llevar a cabo sus providencias, es probar a los hombres, darles la oportunidad de desarrollar el carácter. Así él prueba si son obedientes o desobedientes a sus mandamientos. Las buenas obras no compran el amor de Dios, pero revelan que poseemos ese amor. Si rendimos a Dios nuestra voluntad, no trabajaremos a fin de ganar el amor de Dios. Su amor, como un don gratuito, será recibido en el alma, y por amor a él nos deleitaremos en obedecer sus mandamientos.

Hay dos clases de personas en el mundo hoy día, y tan sólo dos clases serán reconocidas en el juicio: la que viola la ley de Dios y la que la obedece. Cristo da la prueba mediante la cual se ha de comprobar nuestra lealtad o deslealtad. "Si me amáis -dice él- guardad mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él... El que no me ama, no guarda mis palabras: y la palabra que habéis oído, no es mía sino del Padre que me envió". "Si guardareis mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor" (***Palabras de vida del Gran Maestro*****, pp. 225, 226**).

**Viernes 5 de junio:**
**Para estudiar y meditar**

***El Deseado de todas las gentes*****, pp. 106- 117.**